

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Vobis etiam merito accepta referimus, qui tam strenue religionis et justitiae partes tuendas suscepistis....

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

Deumque, cujus causam agitis, rogamus ut vos in proposito confirmet.—
Pío IX, al director y redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias 20 rs. al mes y 60 por trimestre en casa de los comisionados, y 19 rs. al mes y 54 el trimestre en la administración.—En el Extranjero: 70 rs. trimestre.—En Ultramar: 90 reales trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la administración, calle de Pelayo, números 38 y 40, cuarto principal de la derecha.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—Paris: Agencia franco-española de D. C. A. Saevedra, 55, Rue Taibout.—Manila: D. Francisco Zudaire, Presbítero.

EL ARCO DE MONTELEON.

Sr. Director de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Muy señor mío y de mi consideración y aprecio: Con fecha 2 de Mayo del año de 1866 dirigí a usted una carta, que publicó al siguiente día EL PENSAMIENTO ESPAÑOL, acompañándola de benevoles frases; algún otro periódico me favoreció dándole cabida en sus columnas y uniendo su voz a la mía. Era la carta a que me refiero un llamamiento a los sentimientos patrióticos del país para la conservación del arco que da entrada al palacio de Monteleón, y parca viejo de artillería defendido por Daoiz y Velarde el día 2 de Mayo, y bajo el cual murieron para vivir siempre en la memoria de todos los buenos españoles y tomar puesto entre todos aquellos que alcanzaron alto renombre. De lo que yo en mi carta decía entonces que se trataba y era motivo de mis temores, parece ser que está ahora a punto de realizarse; mas con la buena ventura, loado sea Dios, de la conservación del glorioso recuerdo. Próximos a enagarrarse aquellos terrenos y tirándose ya líneas sobre ellos, a propuesta de uno de nuestros más acreditados arquitectos, individuo hoy del ayuntamiento de Madrid, y de otros señores concejales, el ilustre municipio ha acordado, según tengo entendido:

1.º Que el ayuntamiento adquiera la propiedad del arco que da entrada al que fue parque viejo de artillería, con el espacio necesario para rodearle de una verja de hierro.

2.º Que el dueño de la posesión dé la entrada al edificio y terrenos de Monteleón por donde le convenga, siempre que sea sin daño del arco.

3.º Que por ahora se ponga en este una lápida con la inscripción que mejor parezca.

4.º Que en los planos de aquellos terrenos que sean aprobados por el Ayuntamiento, ha de quedar una plazuela, y en su centro el arco aislado y exento de toda construcción.

5.º y último. Que si bien el Ayuntamiento desea que un arco artístico, cubriendo el actual, fuera como el pórtico o ante entrada a un templo, panteón nacional u otra construcción análoga, no consintiendo los recursos del Ayuntamiento acometer tamaña empresa, cuando estos lo permitan se levante un pedestal debajo del arco, y sobre él se coloque el grupo en mármol o en bronce de Daoiz y Velarde.

Y háse mostrado tanta diligencia para llevar a cabo lo acordado, que según noticias, en estos días parece ser que el Ayuntamiento tomará posesión del arco. Siendo esto así, no hay sino felicitarse por ello, y encomiar como es debido el proceder del Ayuntamiento de Madrid, que en tiempos que tan avasallado tiene a muchas gentes el espíritu extranjero, tan gallarda muestra da de su patriotismo. Cumple de este modo por su parte el Ayuntamiento, por cuanto para la realización de los más altos pensamientos indicados, debiera tomar mano en ellos y venir el Estado en su auxilio. El nombre de la plazuela proyectada, a un mudo que se le preguntase respondería:—Es la plazuela del Arco de Daoiz y Velarde.

Indico Vd., señor director, al insertar mi carta y manifestar su completa conformidad con lo que yo proponía, que se erigiese en aquel lugar una capilla u otro edificio de carácter religioso, «por ser esta la manera, decía Vd., más española de levantar monumentos a los héroes verdaderamente españoles.» Conforme yo a mi vez con su indicación, he imaginado que pudiera darse mayores proporciones al pensamiento, tomando allí terreno, puesto que lo hay dilatado, para un panteón nacional, o hablando con más propiedad, cementerio nacional, descubriendo, al aire libre y en cuyo centro o en su fondo se levantara una capilla a Santa Bárbara, y donde sólo se diera tierra a los que en guerra con el extranjero tal honor merecieran por sus hazañas; honor que debería ser objeto de una ley. Pudiera darse a esta capilla dos alas; una que fuera casa rectoral, y morada de un Capellán, que celebrara diariamente el Santo Sacrificio de la Misa, en sufragio de las almas de todos los que murieron en la guerra de la Independencia, tanto españoles como franceses y de cuantos en lo sucesivo tuvieran el honor altísimo de ser enterrados en ese cementerio nacional. Y la otra ala destinada a un asilo de caridad del que a la vez fuera rector el Capellán. En ese asilo podrían ser recibidos ancianos militares desamparados, o ancianas viudas de estos, o niños o niñas huérfanos de ambos.

De la manera dicha la Fé bañaría con su luz aquellos sepulcros, la Esperanza les haría consoladora compañía, y la Caridad les prestaría su calor. Bello espectáculo sería ver elevarse sobre las tumbas de los héroes, callada azucena que el carmin de la aurora matiza, la estatua de la tierra doncella, a quien no intimó el acero, y que tienen en una mano por cetro el rayo y en la otra la palma de la victoria, cobijando bajo su manto de púrpura venerables cenizas, calientes siempre y guardadoras del fuego patrio. Sobre esos recintos retumbaría la trompa épica de los futuros Héroes y Ercillas.

Perdone V., señor director, ha sido esto hablar de la mar; pero de V. ha sido el pensamiento, mía solo la tarea de darle cuerpo en mi fantasía.

Gloria, honor, respeto pido para los nombres de Daoiz y Velarde, no fausto ni riquezas que ellos no buscaron. Muerto Velarde—hidalgo montañés y como todos pobre—quedó desnudo y fue envuelto en el lienzo de una tienda de campaña; mejor estaba así que vistiendo un uniforme bordado de oro y tres veces bordadas las bocanazas, cubierto de placas y bandos en el palacio del rey José.

Para amortajar a Velarde, un desconocido (un hombre noble sin duda, como José de Arimatea) llevó un habitillo a la bóveda de la iglesia de San Martín, a donde había sido conducido el cadáver. Velarde bajo al sepulcro vestido con la túnica de San Juan. ¿Qué mortaja tan militar la primera? ¿Qué cristiana la segunda? San Martín, soldado y francés, se apea de su caballo, y seguido del pobre, con la misma espada con que había dividido con este su capa, señala el lugar del enterramiento de Velarde. «Poesía, poesía», se dirá. Ciertamente sí; pero esta es una poesía que entraña la realidad histórica. No quiero dinero para Velarde; con alivio desden le pisan los hechos.

Rememoremos, pues, a grandes pensamientos, que no es dado esperar se realicen, y no pretendamos magníficas y materiales que nuestros tiempos rechazan, y que quizás mirarian con enojo de los hechos lo acordado al Ayuntamiento de Madrid, y Dios haga prosperos y felices los días de los señores concejales.

Quedando el arco o portada del que fue parque de artillería en el centro de la plazuela que allí se piensa trazar, cercado de una verja, convendría dejar en torno de él cierto espacio de terreno que plantado de laureles formase un bosque.

cillo, fertilizada ya aquella tierra, para ello con la sangre de los que allí la derramaron.

Si el escultor hubiera de adoptar mi pensamiento para la ejecución del grupo que está acordado se coloque debajo del arco, representaría a Velarde en el momento de aplicar la mecha a la pieza; la expresión del semblante resuelta como la de Hernán-Cortés al quemar las naves, ó la de Mendez Nuñez al dar la orden de llevar anclas para atacar al Callao; levantado el pecho, la mirada ardiente. Y a la par de Velarde, Daoiz, firme, sereno, apoyado en un escabillon, contemplando a Velarde con la satisfacción que mira el aguerrido veterano al recluta, su convecino, recién llegado al regimiento, recomendado a él amorosamente por su madre, y que en la primera acción de guerra al ver dar muestras de gran denuedo (1). Velarde, impetuoso como un león; Daoiz, firme como un peñasco. Sobre el pedestal de ese grupo, yo solo escribiría estas palabras:

«No obedecieron la orden de no hacer fuego.» Como el arco tiene mucho espesor se podría poner encima y sería hermoso remate y coronamiento de él, otro grupo en mármol que le imprimiera un sello religioso, siendo este: la cruz, sentada al pie de ella la estatua de la patria, y el ángel custodio de España de pie mostrándole la cruz con la mano derecha, y teniendo en la izquierda palmas y coronas para premiar el triunfo. En la piana del grupo ó cornisa del arco, este letrero en bronce: «In hoc signo vinces.»

Sublime contraste! Bajo arco tan modesto tal grupo; siempre fué la sencillez compañera fiel de lo grande. Guárdese Milan su arco de triunfo, que es una maravilla artística; París el suyo. Ni por uno ni por el otro truco el nuestro; consérvese y honrese como está acordado, y por mi parte gracias mil al ayuntamiento de Madrid, a placeres y parabienes al pueblo español. Cuanto más modestos sean esos honores, más amables serán para las sombras de Daoiz y de Velarde.

Esperando, señor director, que esta mi segunda carta no será menos favorablemente acogida por usted que lo fué la primera sobre el mismo asunto, se reitera suyo afectuoso suscriptor, atento seguro servidor D. S. M. B.—El M. del A.

Madrid. 30 de Abril de 1868.

CÓRTEES.

CONGRESO.

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SR. CONDE DE SAN LUIS.
Extracto de la sesión celebrada el día 1.º de Abril de 1868.

Abierta a las dos y media, se leyó y fué aprobada el acta de la sesión anterior.

El Sr. BLAS presentó varias exposiciones.

Entrando en la orden del día, continuó el debate pendiente, y mientras llegaba el presidente del Consejo ocupado en otro sitio, se concedió la palabra en pró al Sr. Diaz Agero.

El Sr. DIAZ AGERO cedió la palabra al señor Selva.

El Sr. SELVA defendió el proyecto de ley diciendo que cuantos oradores habían hablado estaban conformes en la necesidad de establecer el crédito territorial en España.

En su concepto, el debate se había empuñado, sustituyendo a los intereses comunes las apreciaciones individuales y las personalidades políticas.

Aseguró que el actual ministerio merece tanto la confianza del Congreso como el anterior para pedir el voto aprobatorio sobre este asunto, y en tal concepto contradijo algunas de las apreciaciones del Sr. Cardenal.

El señor marqués de Pidal: No es el señor presidente del Consejo de los que amenguan la gloria de los demás para aumentar la suya; ayer, sin embargo, el señor presidente del Consejo, al explicar lo que en los sucesos de 1843 y 44 aconteció en la parte que no se refería a su persona, estuvo algo incompleto. El Sr. Pidal, como presidente del Congreso, fué llamado por S. M. con motivo de aquellos sucesos, y pasadas aquellas circunstancias, la Reina, al tratar de formar el Gabinete, preguntó al Sr. Pidal, en presencia del general Serrano, si estaba dispuesto a aceptar en el caso de que se le encargase la formación del ministerio; el Sr. Pidal contestó que sí, y entonces el general Serrano, con la franqueza propia de su carácter, dijo a su majestad que creía un peligro en aquellas circunstancias el llamamiento del Sr. Pidal. El Sr. Pidal entonces dijo a S. M.: «resuelva V. M. lo que le parezca oportuno; yo me retiro a mi casa, y saldré de ella pronto a aceptar el encargo que su majestad quiera darme.» No volvió el Sr. Pidal a tener más noticias de lo que había pasado. Podrá tal vez cometer alguna equivocación; pero el hecho es que el Sr. González Brabo buscó al Sr. Pidal para formar Gabinete.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS (González Brabo): Una aclaración. Cuanto ha dicho el señor marqués de Pidal de la conversación pasada entre el Sr. Pidal y el general Serrano en presencia de S. M. no lo vi, pero desde luego lo creo. Yo estaba en la antecámara, y habiendo salido el general Serrano, y quedándose solo el señor Pidal, fui llamado por S. M. dentro del despacho y encargado con S. S. de la formación de Gabinete. El Sr. Pidal al salir me dijo que él no podía tomar parte, pero que me ayudara. Así entré yo en el poder en aquellas circunstancias.

El señor marqués de Pidal: Estamos conformes. El Sr. Pidal desde que me llamó la responsabilidad de formar Gabinete, manifestó al Sr. González Brabo que su entrada en él, siendo presidente del Congreso, suscitaba una cuestión más grave. Pero conste siempre que estuvo dispuesto a tomar sobre sí sólo el encargo, de habérselo hecho S. M.

El Sr. REINA: Siempre he creído, señores, que tendría necesidad de explicar la situación excepcional en que me encuentro en esta cuestión. Pero esto es de todo punto preciso después de los discursos de los señores Danvila y Cardenal. Estos señores disienten del proyecto por haber desaparecido el señor duque de Valencia. Pocos habrán sentido esa pérdida más que yo; pero esa circunstancia me aconseja olvidar las diferencias que pudieran separarme de los señores ministros y prestarles mi apoyo. Yo puse mi firma al pie de esa proposición, porque creí hacer un servicio al país con que se discutiera esto. ¿Pero con qué circunstancias puse mi firma? En la sección lo dije claramente. Yo aceptaba el pensamiento porque lo creía una gran necesidad del país. No sólo lo consideraba conveniente para ayudar a nuestra decadida agricultura, sino como cuestión de moralidad para evitar la usura.

Pero añadí que no apoyaría este proyecto si no se ponían como bases: primero, que el privilegio no se extendiese más que a diez o quince años, para que en el caso de que esa institución no respondiera a lo que se esperaba, pudiese el Gobierno pasarla a otras manos; segundo, que se había de marcar el *maximum* del interés, y a este tenor otra porción de circunstancias. Hubo más: fuimos llamados a su despacho por el Sr. Sánchez Ocaña, el cual nos pidió la autorización que hoy se discute, y yo le manifesté que no podía acceder a sus deseos, que había contraído compromisos a los que no podía faltar. Dije más: que si el Sr. Moyano, persona a quien tanto quiero, me pidiera esa autorización, vacilaría mucho para concedérsela. Veo, pues, el Sr. Nocedal, y siento que no esté presente, porque si estuviera le diría cosas muy duras, con cuánta injusticia nos trató.

Respeto mucho su talento, pero no es S. S. quien ha de venir a darme lecciones de consecuencia ni de decoro en ningún asunto. La carta que S. S. leyó no la he recibido: si la hubiera recibido, la hubiera desechado con el mismo desprecio e indiferencia con que se ha oído aquí su lectura.

El Sr. PRESIDENTE: Cuanto ha manifestado el señor Reina, respecto a lo que dijo en la sección, es exactísimo, y aunque S. S. no necesita que yo corrobore sus palabras, he creído de mi deber hacer esta manifestación.

El Sr. REINA: Doy las gracias a S. S.

El Sr. CARDENAL: Sé que no tengo derecho para reproducir el debate de ayer; pero además no tengo voluntad de reproducirlo. Voy, pues, a rectificar en las menos frases posibles, y las más dulces que me sea dable.

Empezaré por la rectificación que más me importa. Aquí y fuera de aquí se ha dicho que yo he traído un debate personal, y que estos debates deben prohibirse. Rechazo el terreno de las personalidades hasta por educación, pero es cierto que yo he provocado este debate. Yo comprendo lo que cuando se trata de una ley cualquiera, se trata a la luz de los principios.

Pero ¿qué se discute aquí? Pura y simplemente una cuestión de confianza; y desde el momento en que se trata de una cuestión de esta clase, hay que discutir la historia de los que nos piden ese voto de confianza para saber que garantías pueden ofrecernos en el porvenir. He agitado, pues, la cuestión en el terreno en que venía colocada, y no trayéndosela aquí una ley, no podré girar el debate sobre otra tesis. No dormiré yo tranquilo, ni me tendría por honrado, si trajese aquí personalidades indignas, gratuitas, injustificadas.

Voy ahora a rectificar algunos hechos sentados por el señor Presidente del Consejo.

«Desde cuando acá soy yo lo que el Sr. Cardenal supone?» Si es desde antes de la muerte del señor duque de Valencia, ¿cómo servía S. S. a mis órdenes? Yo servía a las órdenes de S. S. entonces, porque S. S. estaba a las órdenes de una irresistible iniciativa, de una personalidad eminente, ante la cual todos bajábamos la cabeza, el señor duque de Valencia. Yo creo que el Sr. González Brabo, hombre de corazón entero, puede prestar muy buenos servicios bajo una alta y poderosa dirección, pero que no es el hombre llamado por sus antecedentes a dar dirección a una política.

Cada cual debe contentarse con las condiciones que Dios le ha dado. A mí no me ha concedido más que la de la consecuencia política; a S. S. le ha concedido todas las que a mí me faltan, pero no le ha concedido esa.

El Sr. González Brabo no solo se admiraba de que le negase mi confianza como jefe del Gabinete, sino que aseguró que yo le había dicho varias veces durante el anterior Gabinete: «Eh V. es en quien tengo toda mi confianza.» S. S. ha padecido un gravísimo error. Yo no he dicho jamás semejante cosa. Los que conocen mi modesta historia no pueden creer que entre la personalidad del señor duque de Valencia y la del Sr. González Brabo pudiera yo dudar un solo momento. Y ya que su señoría recuerda conversaciones privadas, recordará que cuando la reforma de los reglamentos le decía yo: «¿Qué sería de V., hombre de palabra, de tribuna y de prensa, sin el gobierno representativo? No avanzamos más por ese camino, que ni a usted puede convenirle ni a mí tampoco.» Hijo de la prensa y del Parlamento, jamás renegaré de mi origen. Me argüía S. S. con las circunstancias, y yo le replicaba que en ese camino fuéramos únicamente hasta donde fuera preciso, y nada más que por el tiempo absolutamente necesario.

Dije ayer que entre los discursos del señor duque de Valencia y las palabras del señor marqués del Duero y las del Sr. González Brabo había cierta contradicción. Los discursos del señor duque de Valencia revelaban su deseo de entrar en un camino más constitucional, y el Sr. González Brabo, al presentar en hipótesis su retirada, nos dijo que el poder no podía ir en estos momentos sino a manos del grupo más vigoroso del partido moderado. Yo creí que por el grupo más vigoroso entendía el más resistente, y ayer me sorprendió oír a S. S. que no había aludido a un grupo de hombres políticos, sino de hombres de carácter. No sabía yo que los partidos se fundían y reunían por un carácter. De aquí que dedujese que S. S. persistía sistemáticamente en la resistencia a todo trance, y que encontrase contradicción entre su política y la del duque de Valencia.

Tampoco soy yo responsable de haber traído al debate el año 43. El Sr. Presidente del Consejo, provocado por el Sr. Danvila, evocó esos sucesos, y yo quise rectificar la idea de que el poder estuviese en medio del arroyo, sin que en este país de hidalgos y caballeros hubiera querido encargarse nadie más que S. S. de poner su firma ante la palabra de la Reina.

Supuso ayer el señor Presidente del Consejo que yo tenía prurito de hacer la oposición. Yo estoy en una situación de pie forzado: el Gobierno es el que ha traído aquí la cuestión de confianza, y mi discurso de ayer y hoy son contestaciones a su pregunta. Yo ni ahora ni nunca me inspiré en móviles personales, ni malos fines, ni he dado en toda mi vida ocasión para que nadie ponga en duda la rectitud de mi conducta y mi consecuencia inalterable. Pero los hombres públicos tienen que sujetarse al juicio de la opinión. Mis palabras podrán ser interpretadas mañana, como lo han sido las del señor marqués de Sardoal por la prensa de sus amigos, por haber derramado flores sobre la tumba del señor duque de Valencia.

El señor PRESIDENTE: Ruego al señor Cardenal que no amplifique tanto sus observaciones.

El Sr. CARDENAL: Es verdad; no seguiré en ese terreno por deferencia a S. S. y a lo que representa. Voy solo a hacerme cargo de una especie que he oído con pena al Sr. Selva. S. S. nos recomendaba que no nos dejáramos guiar por afecciones personales. Sepa S. S. que yo no estoy a las órdenes de nadie, que pertenezco al partido moderado, y me reservo mi libertad de acción para juzgar los sucesos, pues no estoy a merced de ninguna voluntad ajena. Por lo demás, le doy las gracias por haber explicado mi voluntad y mi pensamiento.

Según S. S., todo lo que ayer dije no tenía más objeto que asociarme al pánegrico que aquí se hizo el otro día en loor del duque de Valencia. Se conoce que el Sr. Selva está más enterado que yo de lo que deseaba y de lo que quería. Ahora solo me resta dar gracias a la Cámara por su benevolencia.

El Sr. PRESIDENTE DEL CONSEJO DE MINISTROS (González Brabo): Hasta qué punto tenga fuerza la razón que el Sr. Cardenal alega para explicar cómo esta cuestión de confianza no puede tratarse sin tratar de las personas, no lo diré yo; lo abandono al juicio de la Cámara. S. S. cree que planteada la cuestión de confianza, hay que discutir sobre la personalidad, otros creerían que sobre el sistema anunciado honradamente por los individuos del Gabinete, hombres todos de honor, que no faltamos a lo que prometemos. Tampoco vuelvo a las antiguas conversaciones para no renovar el debate, y llegó a la contradicción que ha encontrado en mi discurso de antayer comparándolo con lo que dije el ilustre duque de Valencia aquí y en el Senado, y empiezo por hacer una reflexión: ¿Estaba el señor duque de Valencia solo? No. ¿De quién estaba acompañado? De la mayor parte de los actuales ministros. ¿Entre ellos estaba yo? Sí. Si pues acepté aquellas palabras, ¿con qué derecho las atribuyo S. S. al duque de Valencia, y no a todo el Gobierno, en nombre del cual hablaba el señor duque?

Pero después de todo, yo he podido decir una cosa en contrario, y para responder al Sr. Cardenal voy a leer mis propias palabras: «La agrupación vigorosa del partido moderado es la única que en mucho tiempo puede mantener lo que a tanta costa hemos mantenido hasta ahora.» Ahora bien, ¿hablado yo de una agrupación especial, o de la de todo el partido moderado? Entre esta y lo que el Sr. Cardenal me atribuye, hay una inmensa distancia. Yo aconsejaba al partido moderado que se uniese, y a S. S. supone que he indicado que se echara mano del grupo que dirige el señor Nocedal. No añado más, creo que está formada la conciencia de todos, creo que aquí y fuera de aquí sobre los sucesos que se han traído al debate hay un juicio formado, y tengo la esperanza de que ese juicio ha de pasar a la historia.

El señor marqués de SARDAL habló también para una alusión personal, diciendo que cuando usó de la palabra para adherirse a la manifestación de sentimiento por la muerte del duque de Valencia dijo que lo hacía en nombre de sus compañeros, refiriéndose con ello a los que a su lado se sentaban, Sres. D. Sisto Pérez y Gisbert.

El Sr. MUZQUIZ: Señores diputados, mi actitud política en las diversas fases de esta cuestión no ha sido siempre favorablemente interpretada por la opinión pública, y debo justificarla. Recordaréis que cuando el Gobierno presentó este proyecto se creyó obligado a acompañarlo de un voto de confianza que yo me apresuré a dar; poco después pedía la palabra en contra. Esta aparente contradicción motivó dos sueltos de dos periódicos, y sobre todo uno, al parecer ofensivo, de *La Constancia*, cuya responsabilidad es de nuestro compañero D. Fernando Fernández de Velasco. Este señor se sirvió manifestarme que no había tenido intención de ofenderme, y que no reincidiría en ese sistema de ataques. Desvanecido este misma, voy a explicar la aparente contradicción.

Presentes están en vuestra memoria las palabras con que el señor duque de Valencia apoyó su pretensión: nos dijo que la comisión elegida para examinar un proyecto análogo, debido a la iniciativa de algunos celosos diputados, era estimada como de oposición por la opinión pública, que esa oposición se manifestaba no dan lo dictamen en un asunto cuya inmediata realización interesaba al Gobierno, y yo me apresuré a darle mi voto. Y al obrar así era consecuente en mi conducta. Yo pertenezco al número de los que han sido combatidos por el Gobierno en las elecciones; sin embargo, he venido aquí y no le he negado ningún voto de confianza. ¿Pero ¿qué tiene que ver esto con el pensamiento económico que encierra este proyecto? Conocemos acaso el del señor ministro de Hacienda, que no se ha presentado en la Cámara durante este debate? ¿Qué pensar, señores, de semejante conducta en una cuestión de confianza que directamente le afecta? Por eso yo al exponer mi pensamiento he tenido que consumir un turno en contra.

Empezaré por hacer un resumen del debate. El Sr. Cardenal ha tratado la cuestión en el terreno político. Precedióle el Sr. Guerra, que acreditó su apellido. Acabado de llegar por el ferrocarril de Barcelona, se lanzó con el ímpetu sin duda de la locomotora sobre el Sr. Nocedal, que si no tiene la previsión de apartarse de la vía, no sé lo que le pasa. (Risas.) El Sr. Danvila trató la cuestión en el terreno constitucional, y nos presentó los malos resultados que había producido a Francia el Banco único. El Sr. Rodríguez se lamentó del olvido de una civilización que pasó, y de otra que solo se practica cuando conviene, y por último, el Sr. Nocedal, en discurso siempre notable, trató la cuestión política, condensando su raciocinio en un silogismo encaminado a demostrar que otorgar al Gobierno el voto de confianza que solicita era declararse esencialmente parlamentario.

Y, sin embargo, el Sr. Nocedal, que solo concede a las Cortes la facultad de intervenir en la discusión de los presupuestos, reduce su sistema de Hacienda a una autorización análoga a la que ahora se nos pide. Algo hay que no es parlamentario, y debían haberlo intentado el Sr. Nocedal y los demás oradores, y es examinar los diversos sistemas seguidos en el planteamiento del crédito territorial, indicar los inconvenientes de cada uno; y si tan ávidos de gloria son estos señores, y tanto es su dominio en la materia, precisar cuál es el único camino que conduce a la verdad; pues en este caso no concedería autorización al Gobierno, sino que se la tomaría por su mano.

El orador habló largamente de la cuestión científica y después añadió:

Yo, señores, he dudado mucho si debía o no votar este proyecto. Aquí se ha combatido al Gobierno por que en la discusión trayen toda en forma de autorización, y sin embargo, tratándose de sociedades como la española de nuestros días, no pueden venir estas cuestiones en otra forma, por

que en el instante en que un diputado las trata en su verdadero terreno, quedan estos bancos casi desiertos; pero es, señores, muy sensible que en una cuestión tan técnica y tan importante como la presente no hayamos visto siquiera al señor ministro de Hacienda.

¿Cómo he de otorgar mi confianza a un hombre cuyas opiniones son completamente desoídas, que ni siquiera asiste a un tan grave debate?

Yo admito, pues, el voto de confianza, porque lo que tiene abatida, convulsa, desquiciada a la sociedad europea, es el principio bárbaro y absurdo de la desconfianza, que todo lo invade y avasalla, y si el Gobierno me da explicaciones de hacer algo en el sentido que yo he indicado, le daré mi voto. Yo admito la dictadura en el terreno científico, porque creo que las verdades no se descubren por asociaciones, sino por individuos; pero creo que el actual proyecto es demasiado inconfundible para que pueda votarse sin otro género de manifestaciones por parte del Gobierno.

Concluyo, señores, con dos pensamientos: uno para el Gobierno que use la autorización, y otro para el pueblo español. El primero es que la inmoralidad es la peor de todas las tiranías; el segundo es que las tiranías solo las soportan, solo las sufren los pueblos envilecidos.

El señor PRESIDENTE DEL CONSEJO DE MINISTROS (González Brabo): Ha dicho el Sr. Muzquiz que el ministro de Hacienda no se había dignado venir a la Cámara. En este momento se le cuten los presupuestos en el Senado, y por eso tiene que asistir allí: de ningún modo dejaría de venir sin hacer favor, sino para cumplir con su obligación, si pudiera hacerlo.

Después ha dicho S. S. al Gobierno que la inmoralidad es la peor de las tiranías. Esto no tiene por qué recogerlo el Gobierno; ni se propone uso de ninguna tiranía, ni el Sr. Muzquiz tiene sin duda intención de atribuirle inmoralidad de ningún género.

El Sr. FERNÁNDEZ DE VELASCO (D. Fernando): El Sr. Muzquiz me ha aludido mientras estaba fuera del salón en una ocupación importantísima, y según me han indicado, ha dicho que yo le había dado ciertas explicaciones. Es efectivo que he autorizado a S. S. para que manifestase eso, y que le autorizo nuevamente; pero que diga qué explicaciones fueron esas.

El Sr. MUZQUIZ: Siento mucho que el Sr. Fernández de Velasco tuviera la obligación precisa de salir del salón en el momento en que comenzaba a usar de la palabra. Yo, aunque no suelo hablar ya a S. S., antes de la discusión en esta discusión me acerqué a S. S. y le dije: «Advierto a Vd. que voy a aludirle en mi discurso.» Me dijo: «bueno.» Así que con sentimiento observé que pocos momentos antes de empezar mi discurso salía; pero noté que se detuvo detrás de esa barandilla, y no estuve atento cuando se ausentó.

Es, en efecto, cierto lo que han dicho a S. S., no de que hablé de ciertas explicaciones, sino que dije clara y terminantemente las explicaciones que S. S. me había dado. Debía por lo tanto manifestarle, puesto que no debo tener consideración de ninguna especie con S. S., debía manifestarle que leyese el *Diario de las Sesiones*, y allí vería esas explicaciones a que me había referido. Pero cumpliendo con un deber de educación, que acredito siempre en mi conducta pública y privada, diré a la Cámara que las explicaciones que S. S. me dio fueron tres. Primera, que no había intentado en ese suelto atacar mi honra, y dije que eso le honraba, porque si S. S. hubiera tenido esa intención, si hubiera envuelto el ataque en un rodeo de palabras, no se hubiera hecho a sí propio ningún favor.

Segundo: dije que a una pregunta mía de si el periódico continuaría en ese sistema de ataques a que es bastante aficionado, me dijo S. S. que no volvería a ocuparse el periódico de mi en ese sentido, primero porque esta era (esto añado ahora, antes no lo dije), porque esta era resolución del periódico, y segundo porque comprendía que había hecho mal y no le había agradado después lo que había hecho.

En tercer lugar, me dijo S. S. que el suelto más directamente iba contra el periódico *El Imparcial* que no contra mí. Me parece que esas fueron las explicaciones que S. S. me dio. ¿Fue esto lo que S. S. me dijo? S. S. lo confirma. Pues esto he dicho antes.

En cuanto al señor presidente del Consejo de ministros, lamento verdaderamente que haya estado tan laconico en su contestación, que haya sido tan breve. Esto es muy grave, señores diputados, sumamente grave. Yo siento que S. S. persona a quien respeto y estimo, aunque no le deba favor de ninguna especie; digo que le respeto y estimo, no por gratitud, sino por el mismo respeto que me merece S. S. (El Sr. Fernández Cadorniga: Ya contestaré yo a S. S.) El Sr. Cadorniga es un individuo de la Cámara que piensa en favor del proyecto; pero S. S. no tiene nada que ver con el Gobierno. Yo me refiero a lo limitado que ha estado el señor ministro al contestar a mi discurso.

El señor presidente del Consejo de ministros ha dicho que no había inmerecido de ningún género. Yo no he hecho semejante inculpación. Lo que he dicho es que este Gobierno, o cualquiera que viniera a establecer el Banco hipotecario en favor de una sociedad particular con privilegio exclusivo, haría un verdadero negocio en favor de esa sociedad, y que eso en el fondo envuelve una verdadera inmoralidad.

Esto lo he demostrado económicamente en mi discurso; y mientras no se me convenga de que estoy en error, mientras no se me convenga con razones que destruyan las que yo he dado, lo seguiré creyendo y sosteniendo públicamente.

El Sr. GONZÁLEZ BRABO ha empezado defendiendo al Sr. Orovio de un ataque que supone S. S. he dirigido yo al señor ministro de Hacienda por no hallarse presente en este debate. Yo no he dicho que S. S. fuese a su deb. R, porque como diputado y secretario conozco el Reglamento, y sé que no se puede exigir la presencia de los señores ministros. Pero digo, señores, que al país, cuando se viene pidiendo un voto de confianza, es de extrañar que el señor ministro de Hacienda, a quien más directamente se concede la autorización, no se haya presentado siquiera a escuchar la discusión, a manifestar su opinión una sola vez. ¿Cómo, señores diputados, se puede tolerar...?

El señor VICEPRESIDENTE (Silva): Eso no es rectificar, Sr. Muzquiz.

El Sr. MUZQUIZ: Pues ¿qué es, señor presidente?

El Sr. VICEPRESIDENTE (Silva): Eso es calificar los actos y la conducta de los ministros; yo ruego a V. S. que se limite a rectificar conceptos equivocados, sin hacer calificación de ningún género.

El Sr. MUZQUIZ: El cargo que me ha dirigido el señor presidente del Consejo... (El señor presidente del Consejo de ministros: Yo no he dirigido a V. S. cargo alguno.) S. S. a propósito de lo que ha dicho sobre el señor ministro de Hacienda, ha supuesto que yo le he hecho un cargo, puesto que decía S. S. que yo no le he debido tener intención de dirigirme cargo alguno; que si no le he tenido intención de dirigirme cargo y S. S. se ha creído en el caso de defenderlo, claro es que en concepto de S. S. le he dirigido un cargo, aunque sin intención: este concepto de S. S. estoy probando que es equivocado, lo cual se llama rectificar.

El Sr. VICEPRESIDENTE (Silva): Yo creo que su señoría no está rectificando; creo que está calificando, y por eso le suplico que se limite a los términos de una rectificación.

El Sr. MUZQUIZ: Dejo a juicio del país la confianza que merece un Gobierno que estas muestras da de sus conocimientos económicos cuando se trata del planteamiento de una institución que entraña los más graves problemas de la ciencia económica.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS (González Bravo): Siento mucho que el señor Múzquiz crea que porque el Congreso no toma en cuenta su discurso para contestarle, aunque si para meditarlo, no merece confianza.

El Gobierno no ha dicho que no sepa nada de esta cuestión; pero en ella hay diversas opiniones, y el Gobierno no se ha decidido por ninguna, sino que luego que tenga la autorización hará un estudio meditado y resolverá.

En cuanto a lo de la inmoralidad, S. S. tiene ciertas ideas; pero debe comprender que hay otras personas que no creen inmoral el establecimiento de un Banco único, como le sucedía ayer al señor Guerra.

En cuanto al señor ministro de Hacienda, cuando no asiste aquí en cumplimiento de un deber, creo que no se ha hecho digno de la calificación que S. S. iba a darle.

El Sr. FERNÁNDEZ CADORNIGA consumió el tercer turno en pro.

El Sr. NARTÉZ GUERTERO usó de la palabra para alusiones.

Leído de nuevo el proyecto de ley, y puesto a votación, fué esta nominal, resultando aprobado por 167 votos contra 18, en esta forma:

Señores que dijeron sí.

Chacón.—Díaz Agero.—Catalina.—Conde de Xiquena.—González Bravo.—Belda.—Caramés.—Morcillo.—García Castañeda.—González Cárdenas.—Sanz.—Frias Salazar.—Sivilla.—Agudo y Vergara.—De Gabriel.—Añón.—Nacario Bravo.—Díaz Fernández de Caudera.—Ozabal.—Otal.—Barón de Escoiche.—Sanchez de Palencia.—Quiñones de León.—Marqués de González.—Taviel de Andrade.—Zaragoza.—Anduaga.—Fernández Cadorniga.—Caro.—Moraza.—Valero y Soto (D. Manuel).—Cerdá.—Rebellón.—Sanjurjo.—Selva.—Brenou.—Batenero.—García Lobera.—Lora.—Rebagliato.—Bravo.—Valero de Tornos.—Valero y Soto (Don Juan).—Berriz (D. Juan Ignacio).—Peralas.—Botella (D. José).—Berriz (D. Sixto).—Fernández San Roman.—Baillón.—Villar (D. José María).—Febrer de la Torre).—Peyronnet.—Dorado.—Mendez Alvaro.—Gaya.—Caspé.—Martínez (D. Bartolomé).—Barón de Alcalá.—Morenos.—Valero y Algorta.—Arbeleche.—Ojeda (D. Francisco).—Martín de Miguel.—Benito y Guillén.—Soto (D. Juan).—Fernández de Velasco (D. Eusebio).—Lirio.—Hérez.—Unzueta.—Velazquez Gatzelú.—Zurbano.—Ortiz de Zárate.—Rivas.—Arguinzoniz.—Jover y Greppi.—Moriano.—Castro.—Gutiérrez.—Díaz Martín.—Manzanares.—López Ayala.—Conde de Torre-Marin.—Marqués del Cadimo.—Plá y Caneela.—Cabeza.—Silva y Monge.—Concha Castañeda.—Cabezas.—Manresa.—Quintana.—Lorenzana.—Fañés.—Marqués de la Merced.—Arenillas.—Pérez Batallón.—Jaraba.—Marqués de Villamediana.—Naranjo.—Conde de Cazalla.—Sabater.—Guerra.—Ozores y Losada.—Fernández Losada.—Varela Cadabral.—López Martínez.—Juan.—Botella (D. Francisco).—Castillo.—Díaz Pérez.—Tró y Orotolano.—Ferrer (D. Joaquín María).—Linares.—Manglano.—Villar y Ulloa.—Marqués de Montoliu.—González Montero.—Amorós.—Barros.—Mena Marqués.—Rodríguez (D. Juan María).—Marín Blázquez.—San Gil y Heredia.—Gómez González.—Magaz.—González Arnao.—Gómez Ingauzón.—Fernández Baeza.—Martínez Gurra.—Estéban Collantes.—Fivaller.—Cecilia.—Escribá de Romani.—Estéban C. nde y Luque.—Ojeda (don Nicolás).—Silva (D. Vicente).—Sanchez Ocaña.—Marqués de Zafra.—Ruiz del Arbol.—Cerveró.—Mucha.—Conde de Yumuri.—Marqués de Campo de Arsa.—Cárdenas.—Segovia.—Coronado.—Gisbert.—Ramírez de Arellano.—Cavero.—Toda.—Rodens.—Lafra.—Baca y Brito.—Balboa.—Moreno (D. Manuel María).—García Barzanallana.—Mayo de la Fuente.—Cedrun.—Conde de Alpuente.—Villanova.—Herrera.—Marqués de Caballero.—Fonseca.—Vizconde de la Vía de Miranda.—Miranda.—Saenz de Lleras.—Abril.—Señor Presidente.

Total, 168.

Señores que dijeron no.

González Apousa.—Martínez Guertero.—Gisbert.—Marqués de Sardal.—Pérez de Molina.—Vereterra.—Cardenal.—Santiago y Hoppe.—Maza.—Navarro Villoslada.—Heredia y Tejada.—Barbosa.—Danvila.—Marqués de Pidal.—Conde de Torenó.—Camps.—Pérez Sanmillán.—Alvarez (don Fernando).

Total, 18.

En seguida fué aprobado definitivamente el proyecto de ley.

El señor PRESIDENTE: Orden del día para el lunes: lectura de algunos dictámenes, apoyo de proposiciones pendientes, y reunión de secciones para constituirse y dar cuenta de otros asuntos.

Se levanta la sesión.

Eran las seis y media.

PARTE OFICIAL DE LA GACETA

MINISTERIO DE HACIENDA.

REAL ORDEN.

El señor ministro de Hacienda dice hoy al Presidente de la junta de clases pasivas lo siguiente:

«La segunda parte del art. 18 de la ley de presupuestos de 3 de Agosto de 1866 determina que los empleados de las diversas carreras civiles tendrán derecho a ser jubilados por causas de imposibilidad física notoria; y al exigir dicha prescripción legal la notoriedad de la enunciada imposibilidad física para poder obtener por ello la situación de jubilado, surge espontáneamente, y se indica por sí misma, la necesidad de perfeccionar con más exquisita prevision los medios de prueba establecidos para el propio fin por las Reales órdenes de 25 de Diciembre de 1826 y 23 de Setiembre de 1851. En mérito de esto, teniéndole presente la consulta que sobre el particular de que se trata elevó esa Junta a este ministerio, y de conformidad con lo informado respecto de la misma por el Consejo de Estado en pleno, la Reina (Q. D. G.) se ha servido disponer lo siguiente:

1.º A toda concesión de jubilación por causa de imposibilidad física de volver al servicio activo del Estado, precederá la instrucción de expediente gubernativo ante el Gobernador de la respectiva provincia en que se acredite la expresada imposibilidad.

2.º El interesado recurrirá a dicha autoridad civil expresando su condición oficial y domicilio, y solicitando para los efectos de la parte segunda del art. 18 de la ley de presupuestos de 3 de Agosto de 1866, que se sirva ordenar el reconocimiento

to ó reconocimientos facultativos que acrediten su estado de imposibilidad física notoria.

3.º En vista de la expresada instancia, el gobernador de la provincia designará a su arbitrio dos profesores facultativos para que procedan al reconocimiento del solicitante, y certifiquen bajo juramento acerca de la imposibilidad física notoria en que el mismo pueda encontrarse.

4.º En las capitales de distrito militar, el gobernador civil respectivo dirigirá conveniente comunicación al capitán general, a fin de que por el jefe de sanidad militar del distrito se designe un profesor del propio cuerpo que reconozca al interesado y certifique, también bajo juramento, respecto de su imposibilidad física notoria.

5.º Los gobernadores de las demás provincias se dirigirán a la autoridad superior militar de las mismas, a fin de que se sirva nombrar un individuo de sanidad militar, ó a falta de este uno de los profesores honorarios del propio cuerpo, para que reconozca al interesado de que se trate y certifique igualmente bajo juramento de la enunciada imposibilidad física del mismo.

Si en las capitales de provincia a que se refiere el párrafo anterior no reside individuo alguno efectivo ni honorario del cuerpo de Sanidad militar, la autoridad de este orden lo expresará desde luego así al Gobernador civil.

6.º En el caso previsto en el párrafo segundo de la disposición anterior, el gobernador de la provincia, además de la designación de los dos profesores que determina la disposición 3.ª, nombrará por separado otro de los de la dotación del respectivo Hospital civil para que practique el reconocimiento del interesado y certifique asimismo bajo juramento de su imposibilidad física notoria. Tanto dicha certificación jurada como las a que se refieren las disposiciones 3.ª, 4.ª y 5.ª, serán remitidas por medio de comunicación oficial al gobernador que ordenó el cumplimiento de ese servicio.

7.º Terminada la instrucción del expediente, el interesado formalizará y presentará en el gobierno de la provincia, para su debido curso, exposición a S. M. solicitando su jubilación por causa de imposibilidad física notoria, y a la vez acompañará aquel su partida de bautismo original y legalizada.

8.º Unida dicha exposición al expediente de su razón, el gobernador de la provincia la remitirá al presidente de la junta de clases pasivas, expresando al propio tiempo, con referencia a los demás datos que estime oportuno pedir, cuanto juzgue procedente y debido respecto de la imposibilidad física notoria alegada por el interesado.

9.º En vista de dicho expediente, la junta de clases pasivas pedirá en los casos que juzgue convenientes las noticias é informes de todo género que puedan asegurarle de la imposibilidad física del interesado, de su edad y años de servicio, así como de los demás antecedentes y cualidades del reclamante, a fin de conocer si es digno en todos conceptos de la gracia que pretende.

10.º Completada así la instrucción del expediente, la referida junta lo cursará con su informe al ministerio respectivo de que dependa el interesado para la resolución correspondiente.

De Real orden lo digo a V. I. para los efectos procedentes.

De la propia orden, comunicada por el referido señor ministro, lo traslado a V. S. para iguales fines. Dios guarde a V. S. muchos años. Madrid, 26 de Marzo de 1868. El subsecretario, Antonio de Jesús Arias.—Señor gobernador de la provincia de....

PARTE EXTRANJERA.

DESPACHOS TELEGRÁFICOS.

Génova, 30.

El Príncipe Napoleon ha salido con dirección a Francia.

Un despacho telegráfico de París a Londres, participa haberse impuesto cuarentena en Marsella a los buques procedentes de Túnez y de algunos puertos de la Argelia.

Los diarios de Nimes hablan de trastornos habidos en aquella población con motivo del sorteo para el ejército.

Dice un periódico: «Ya hemos dicho que el torneo celebrado en Turin ha sido una cosa magnífica; pero lo singular es que este torneo debía representar las victorias del célebre capitán, que mandando los ejércitos de Carlos V y de Felipe II, y siendo duque de Saboya, derrotó a los franceses en Italia y en Alemania. Los caudillos que mandaban, el príncipe Amadeo, el conde de Cigal y el conde de Bagnasco, representaban españoles, italianos y flamencos. Ni el Príncipe Napoleon ni los franceses habrían quedado muy satisfechos de este recuerdo. Turin se ha vengado sin duda así de los que le arrancaron la Saboya.»

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 2 DE MAYO DE 1868.

La autoridad municipal superior de Madrid se dirige todos los años en este día al pueblo madrileño para recordarle los sentimientos que animaban a nuestros padres en la lucha contra el primer Napoleon, y para escitarle con este recuerdo a la conservación de las virtudes que tan grandes hechos motivan.

Este año es el señor marqués de Villamagna quien habla al pueblo de Madrid, y los términos en que lo hace no pueden ser más exactos ni sus conceptos más verdaderos por lo mismo que se alejan mucho de toda vana palabrería patriótica. «Cuando los pueblos unidos con el estrecho vínculo de la Religión, dice el señor alcalde-corregidor, combaten en defensa del trono y de la patria, producen héroes como Daoiz y Velarde y hechos gloriosos como los del Dos de Mayo de 1808.» Se reconoce, pues, como primera condición del heroísmo de un pueblo el sentimiento religioso, único, profundo y enérgico, sin el cual todas las grandes instituciones que están ligadas íntimamente a este sentimiento quedan abandonadas a sus propias fuerzas.

El amor a la patria y a la autoridad suprema es un noble afecto nacido al calor de la religión. Allí donde le uno ha recogido las primeras creencias sobre las cuales se va formando la vida moral del hombre; allí donde ha escuchado desde la infancia la voz querida de aquellos seres que le han enseñado la existencia de un mundo eterno oculto tras el velo azul del firmamento; allí donde se ha aprendido a amar una idea, donde se ha despertado el primer movimiento de entusiasmo en el corazón; allí está la patria, allí está el hogar, allí está el santuario en cuya defensa se pierde la vida con la serenidad del que cumple con un santo deber y con el valor del que combate por lo que ama.

Sin templo no hay familia, sin familia no hay patria. La familia se forma al pie del altar, y bajo las bendiciones del cielo; el patriotismo se enciende con el amor de la familia. ¡Ay del pueblo que tolera el desmoronamiento de los altares y la relajación de la familia! Pueblo de esclavos será, que al fin marchará unido al carro de un conquistador afortunado.

Por eso decimos que los pueblos realmente libres son aquellos que están unidos con el vínculo de una sola creencia, y sujetos con el lazo íntimo del amor de la familia. El altar y el hogar son los dos focos de donde brota el fuego del patriotismo. Ser esclavo de Dios, esclavo de la familia y esclavo de la patria es ser libre de todos los tiranos del mundo.

El hecho que hoy recuerda el pueblo de Madrid, es un ejemplo de esta hermosa esclavitud que nos hizo libres del yugo brutal de Napoleon. El día que se extinguió el fuego del altar y el fuego del hogar se extinguiría para siempre el fuego del patriotismo en el corazón de los españoles. El que no quiere ser esclavo de Dios tiene que ser esclavo de los hombres. El que se rebela contra la autoridad de la Iglesia cae bajo el imperio de un hombre infame ó de una mujer perdida: este es un hecho constante en la historia de todos los herejes.

¡El templo y la familia! Santas columnas del patriotismo y de la independencia de los pueblos, ¡mal haya la mano traidora que os destruya en la patria de Pelayo y de Guzmán el Bueno!

VALENTIN GOMEZ.

PUNTOS DE SUSCRICION

EN PROVINCIAS

A EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Agramunt, D. Antonio Sanuy.—Alcanar, D. Ignacio Chavaleria.—Alcoy, D. José Martí.—Algeciras, D. Rafael de Muro.—Alicante, D. José Marcell.—Alhama, Antonio María Espejo.—Almendralejo, D. Juan Alvarez Feijó.—Almería, Mariano Alvarez.—Aranda de Duero, D. Agustín Olalla.—Arévalo, D. J. Antonio Gomez.—Astorga, D. José Martínez Bailla.—Avila, D. Cipriano M. Sanchez, Santiago, número 6.—Ayllés, D. Bernardo R. de Valle.—Bañeza, D. Félix Mata.—Barbastro, don Gerónimo Corrales.—Barcelona, Viuda de D. Jaime Subirana.—Benavente, D. Eusebio Fidalgo Bermejo.—Benavente, D. José María García.—Bilbao, señora viuda de Delmas.—Burgos de Osma, D. Juan Martínez.—Burgos, D. Sergio Villanueva.—Caceres, D. José Valente.—Caliz, Sres. Verdugo Morillas y compañía y D. Eduardo Gautier.—Calahorra, D. Gressencio Lumberras.—Calatayud, D. Mariano Martínez Ainsa.—Cardona, D. Pedro Llambes.—Carrion, D. Laureano Fernandez Merino.—Carrizosa, D. Benito Moreno García.—Castellón de la Plana, D. Martín Masistegui.—Cieza, D. Juan M. Marín.—Ciudad Real, Viuda de Gallego.—Ciudad Rodrigo, don Salomé M. Perez.—Comillas, don Ramon Fernandez.—Córdoba, don Rafael Arroyo y don Francisco Lozano.—Coruña, don José de Lago, Luchana, núm. 20.—Cortá, D. Joaquín Echavarrri.—Durango, D. Francisco de Oñolito.—Ecija, D. Juan Benítez.—Estella, D. Melchor Zuzurren.—Ferrol, D. Nicasio Taxonera.—Figueras, D. José Fernandez Magariños.—Fuenteencarnada, D. Lorenzo García.—Gandia, D. Agustín Alberio.—Garroillas, D. Donisio Crespo.—Gernona, D. Francisco Palahi.—Gijón, D. Lorenzo M. Díez.—Granada, José María Zamora.—Gruas, D. José Labrid.—Guadix, D. José de Castro.—Guernica, D. Nicolás Iturbe.—Guadalajara, D. Juan Gualberto Notario.—Haro, D. José Lopez Ayala.—Hijar, D. Pedro Pablo Dosset.—Huesca, Viuda de Navarro.—Jaca, D. Miguel Oliver.—Jaén, don Manuel Sagrista.—Jerez de la Frontera, don José Bueno.—Jerez de los Caballeros, D. José Giles.—La Guardia de Alava, D. Celestino Lapaspante.—Lebrija, D. Francisco J. Salazar.—Lérida, D. Francisco Fontanals.—Lerma, D. Anselmo Merino.—Logroño, D. Domingo Ruiz.—Lugo, Viuda de Pujol y hermano.—Mahon, D. Domingo Orilla.—Málaga, D. Francisco Moya.—Mayorga, D. José de la Huerta.—Medina del Campo, D. Juan Herrero Velayos.—Montilla, D. Antonio Conde.—Mondónedo, Viuda de Delgado.—Moreda, D. Salvador Rocafor.—Motril, D. A. Ballesteros.—Nájera, D. Eusebio Carrasco.—Oloto, don José Reig de Peralta.—Onteniente, don José María Caballero.—Orduña, don Perfecto J. Breton.—Orense, don J. Ramon Perez.—Orizuela, don Pedro Berruete y Puebla.—Oviedo, don Ramon Caselles y don Rafael Fernandez.—Osorno, don Ventura Pereda.—Padron, don José María Seoane.—Palencia, don Gerónimo Camazon, y Gutierrez é hijos.—Palma, D. Felipe Guasp y don

CARTAS DE AGUAS-BUENAS.

Aguas-buenas, Abril.

CARTA NOVENA.

Suele decirse por los adversarios que hagamos libros en vez de folletos; que de su parte desean muy de veras la luz, y que de la nuestra se teme la discusión.

Aparecen los libros y se desdennan; discutimos y se nos da por toda respuesta un apodo insultante, suficiente para tener como dejado de la mano de Dios a quien tal dice sin pensarlo. Un suelto miserable, que así viene a cuento como por los cerros de Ubeda, es todo el raciocinio que contra nosotros se emplea. De las cuestiones de espíritu y de letra se nos traslada a las de estilo y oportunidad.

Nisiquiera es esto habilidad, ni siquiera encontrar salida. Hacer transición violenta del estilo al espíritu y de la significación de la frase a la aplicación de la misma frase, dá á entender que falta razón, que falta propósito, y que entre el designio y las manos del artífice se echa de menos un medio que se llama luz. Material.... ni por sueño.

Podrán hablar así los dónes; pero ¿qué hemos de hacerles si hablan en razón? ¿Buena falta hacen los dónes, siquiera para que no se pierda el latín, y con él la historia de nuestra lengua! Mas de esto, traslado á quien corresponda.

Es el caso que los amigos del sentido privado se muestran partidarios del sentido común, con pretensiones de saber ellos declarar dónde, cómo y de qué manera se encuentra el maltratado personaje. Sentido común habrá de llamarse lo que de hoy en adelante dogmatice, no ya el sen-

tido privado, sino la susceptibilidad lastimada. Por manera que cuando daña la demostración y molesta el peso del argumento, basta declarar exento de sentido común á todo el que razona.

De seguro que ocupado al presente el sabio dominico P. ZEFERINO GONZALEZ en escribir una *Filosofía elemental*, que como suya, harto revela en lo que lleva publicado, ser digna de su agudo ingenio, de su clarísimo talento, de su fácil penetración, del juicio maduro con que examina las cuestiones y de la erudición con que las amenaiza; no dejará de tomar en cuenta los nuevos criterios de los modernos abogados del sentido común para añadir lustre á su obra y observaciones oportunas á su precioso trabajo. Lo triste será que no alcance á sgardear la hondura de la filosofía autónoma a pesar de su ingenio tan modesto como esclarecido. Haga cada uno lo que esté de su parte, que lo demás Dios lo hará, dejando al tiempo lo que le corresponde; que al fin descubridor es de todas las cosas, si no se engaña Cervantes el menos loco de los mortales, en decir de Chateaubriand.

Y como si fuera dado á los hombres mudar la naturaleza de las cosas, se nos ha de decir todos los días y en todos los tonos que apagamos las luces, aunque realmente se comprenda que las llevamos en las manos, encendida y alimentada la luz de la razón con la luz de la revelación que levanta y ennoblece al hombre sobre todo eso que se apellida civilización, porque al fin es preciso facturarlo de modo que pueda pasar sin comiso. Duela á quien duela y pese á quien pese, nunca se demostrará lo contrario. Porque en verdad, ¿de qué se trata? ¿qué hemos dicho? ¿qué hemos hecho? ¿que nos proponemos?

La cuestión, si la hubiera, se reduciría á significar que entre dos escuelas, una que proclama y adora á Dios, como Dios ha revelado que es adorable y quiere ser adorado; que dobla la rodilla ante Cristo, como ante su Dios y Redentor de los hombres; que acata, venera y obedece á la Iglesia, y á la Iglesia en su Jefe el Vicario de Jesucristo en la tierra, según Dios quiere y manda que la Iglesia sea acatada y obedecida; y otra cosa que se llama escuela, no siendo más que un sistema de variaciones, de cuyos libros, cartillas, lábios y lenguas salen cada día una inactiva, una burla y mil irritantes embestidas contra Dios y su Cristo, contra la Iglesia y contra el Papa, contra lo divino y lo sobrenatural; hemos tenido el buen acuerdo de optar entre ambas escuelas, merced á la gracia de Dios, por la Iglesia católica, la cual nos dió filiación sobrenatural, y de la cual somos y queremos ser hasta la muerte hijos dóciles, respetuosos y sumisos discípulos. Y en esta milicia cristiana, primera única y santa escuela donde se prende la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, es donde queremos militar aprendiendo, obediendo y acatando cuanto nos enseñe, mande y ordene guardar y cumplir.

Tomando nuestro sustento de su doctrina, venimos diciendo lo que sabe todo el mundo, y lo que no ignoran los que afectan desconocerlo. Pues bien, ¿Será cierto, ni siquiera de sentido común, aunque sea dogma de sentido privado, que el hombre á lo Julio Favre es luz de sí mismo, autónomo, soberano, infalible, ídolo y templo á la vez, su norte y su guía, doctrina y maestro á un tiempo, la verdad-personal y la persona-verdad, Dios-mundo, Dios-naturaleza, Dios-ciencia, Dios-materia, Dios todo, Dios nada, Dios evolución, Dios criador de sí mismo, su propio origen, luz de sí mismo; y en una palabra, un pobre hombre abandonado á los deseos de su rebelde imbecilidad? Para impedir males de esta índole cuanto está de nuestra parte, apelamos á la buena disciplina del raciocinio para exponer en consideraciones prudentes la doctrina que hiere y amarga hasta irritar á los que, por la misericordia de Dios, no son indiferentes. Peor fuera que en ellos no hubiese movimientos, calor, vida, aun iras y arrebatos. *Utinam calidus esses*, dice el Espíritu-Santo. Apoc. III, 15.

¡Ah! Disputad. Enfadados. Volved irritados la cara. Mientras sintais el aguijón, tenéis donde ser heridos. ¡Y lo seréis! Piden por vosotros vuestros hermanos. Y ¡jered estas palabras! Os aman, os buscan; desean heriros para curaros de otras dolencias. Os engañais, juzgando lo contrario.

Se habla también de ortodoxia. Claro es que si hay dos encontrados dogmas, será ortodoxo en una iglesia lo que en la otra sea heterodoxo. La ortodoxia del espíritu privado será heterodoxia para la autoridad de la iglesia católica; y no es menos claro que los consejos y advertencias que parten de la escuela prudente y recatada que propaga libros como la novela *Los Miserables*, deben ser tenidos en más que los consejos y advertencias que inspiren amor á la pureza y á la santidad del dogma católico y de la moral cristiana.

Por manera que, según este criterio, será heterodoxo é imprudente indicar las fuentes del mal para prevenir los ánimos contra sus estragos, al paso que será ortodoxo y comedido propagar el error y el mal, sustentando máximas perniciosas contra la autoridad de la Iglesia, desentendiéndose lo que ella prohíbe, y propagando escritos condenados. Será celo por la ortodoxia combatir diariamente la potestad espiritual, revistiéndose cada hombre venido á este mundo de potestad para arreglar su credo, su fe y sus costumbres. El dogma del propio sentir podrá decir anatema según le plazca, con la misma libertad omnímoda con que predica tolerancia; y será arma legítima en sus manos la disidencia organizada á nombre de la libertad de pensar y

de escribir, de es ampar y de exponer. En una palabra: *Yo soy luz de mí mismo*.

Es cosa familiar entre ciertos autores acusar á los católicos de heterodoxos, haciendo cuestiones de dogma los asuntos de estilo, los de aplicación y de método, los de oportunidad y de locuciones. Por este criterio no tuvo reparo en decir el ministro Jurieu, famoso maestro de la soberanía popular, que el célebre P. Pavio y el Ilmo. Huet, autor de la *Demonstracion Evangelica*, ARRIANIZABAN el Cristianismo. Con ilustrada crítica y bien hilado argumentar, descubrió Bossuet las mañas del ministro protestante, mostrando á cuantos saben leer, lo que es y lo que vale la ciencia y erudición de ciertos impugnadores, pues se cree que solo con poner un epiteto deshonroso, se infunde pavor en los ánimos, haciendo que desmaye el corazón, que desfallezca el espíritu y que el celo se entibie.

No haya miedo á semejantes críticas: haya, si, amor á la verdad, apego á la sinceridad, buena fe y sumisión, sin reserva á la soberana autoridad de la Santa Iglesia católica. Tanto más necesaria es esta preparación de ánimo, cuanto es mas requerida; siquiera para mostrar que falta razón y falta método cuando de asuntos de fondo, de espíritu y de letra se quiere hacer negocio de tacto y de oportunidad. Y como en esto no suele haber pecado, de ahí es que las disputas son interminables. Así es en verdad. Habla el Papa, enseña como Maestro universal, resuelve, decide, articula y dá por doctrina corriente la calificación y condenación de errores. Claro es que si para desvirtuar ó desentenderse de la fuerza con que obliga la enseñanza pontifical, valiera apelar del tribunal de la doctrina al de cuestión de tiempo, de sazón ó de oportunidad, se habría encontrado el expediente de hacer ilusoria la autoridad, y con ella el magisterio católico.

Señalar dónde está el error, no es error; no es pecado indicar las fuentes del mal para evitar su contagio. Es recto criterio y buena voluntad mostrar el abismo al caminante, advirtiéndole lo que él no sabe, ó no ha oído ó ha oído mal.

Prevenir contra el error y el mal es obra de misericordia, como lo es enseñar al que no sabe, corregir al que yerra y dar buen consejo á quien lo ha menester.

Ha poco nos felicitábamos de que el Sr. Disraeli hubiera comparado la expedición de Napier con la de nuestro Hernán Cortés; pero no fué nuestro ánimo justificar la comparación, sino hacer ver, que cuando se buscaban grandes ejemplos que imitar, era preciso acudir á nuestra brillante historia, la más fecunda en hechos heroicos.

Por eso no seremos hoy inconsecuentes al combatir lo dicho en el Parlamento inglés por el Sr. Disraeli. Los despachos á que el otro día nos referimos no transcriben las palabras del jefe del Gabinete inglés; hoy que tenemos á la vista su discurso, vamos á copiar algunos párrafos, para referarlos despues, porque en medio de todo, Disraeli ha sido injusto con nuestra patria; y á volver por el honor de España, todos sus hijos estamos siempre prontos.

Despues de algunas consideraciones generales, ha dicho el Sr. Disraeli:

«Permitidme decir que si se considera la naturaleza especial de la expedición, la marcha de 400 millas en un país desconocido, la prevision, la paciencia, y sobre todo la firmeza del comandante en jefe, es evidentemente la expedición que, en la historia, puede sostener mejor la comparación con la de Cortés en Méjico.

«Mas la favorable diferencia, que existe todavía, entre la expedición de Abisinia y la gran invasión de Hernán Cortés, es que nosotros no hemos entrado en Abisinia para despojar al inocente, sino con espíritu de justicia, de humanidad, de religión y de civilización, y que nosotros vamos á evacuar el país de una manera que robará al mundo la pureza de nuestras intenciones.»

Vamos por partes. Empezando por el fin, para pasar luego á lo más interesante, ya veremos la conducta del gobierno inglés. Nadie en Europa cree en la evacuación desinteresada de Abisinia. Las guerras de Inglaterra son como las de la antigua Cartago, siempre se hacen con objeto mercantiles; no hubieran ido los ingleses tan desinteresadamente como nosotros á reponer en el trono á Pío IX, arrojado de Roma por la revolución. Pero dejando esto, porque el tiempo nos dirá la conducta de los ingleses, vamos al primer párrafo de los transcritos.

Sin que nosotros neguemos que la expedición de Abisinia ha sido notable, no podemos desconocer que es muy pequeña comparada con la de Hernán Cortés. Mucho habrán sufrido los ingleses; pero no han sufrido en todo el tiempo que han estado en Africa la mitad de lo que sufrieron los españoles en una sola noche. Los españoles ademas no llevaban cañones Armstrong; ni tres criados para cada soldado; ni una mula para cada soldado; ni los formidables pertrechos de guerra que ha llevado Napier; ni estaban protegidos por la escuadra, sino que al contrario, quemaron sus naves; ni los ingleses han marchado por una inmensa extensión desconocida y poblada de gente fiera y aguerriada; ni.... pero ¿á qué cansarnos? Los ingleses han ido como ingleses, es decir, haciéndolo todo con tiempo y dinero; los españoles en Méjico no tenían más que su fe, su valor, su heroísmo, con lo que llevaron á cabo una empresa sobrehumana que casi parece fabulosa, pues aventaja á la fábula de los titanes.

Y en cuanto al móvil de la expedición, es donde más grande aparece la expedición española. La de los ingleses habrá tenido un objeto noble, si es que no ha sido mercantil, como todo el mundo cree; pero los españoles si que fueron en nombre de la Religión, de la humanidad, de la

civilización; no iban por despojar al inocente; que iban por sacar de la barbarie a pueblos paganos y antropófagos que vivían en las tinieblas de la más horrible ignorancia; iban a llevar la luz de la fe a aquellos países infortunados; hacían una guerra santa; santa, sí, porque aunque no desconocíamos que se cometían atropellos, también vemos que la conquista de América se puede resumir, en cuanto a su objeto, en el gran dicho de Isabel la Católica, cuando la decían que se gastaba mucho: «Todos mis tesoros, todos los tesoros de España, no valen lo que la salvación del alma de un indio.»

Esto no lo han dicho los ingleses; esto sólo lo puede decir una Reina católica, una Reina que simbolizaba los sentimientos generosos y sublimes del pueblo español.

El Congreso aprobó ayer la autorización al gobierno para establecer del modo que mejor le parezca el crédito territorial; el partido moderado dio un voto de confianza plena y absoluta al gabinete presidido por el Sr. González Brabo.

Comprendemos la conducta de ese partido, una vez puesto en el caso de responder al llamamiento del ministerio.

Privado de su verdadero jefe que estaba al frente del gobierno responsable, no tiene hoy otra jefatura que la del gobierno. La votación de ayer es, por consiguiente, un acto solemne de reconstitución del partido moderado, acto insólito de propia conservación, porque ningún cuerpo puede subsistir sin cabeza. El presidente del Consejo de ministros, el Sr. D. Luis González Brabo, pesa las protestas del Sr. Cardenal, es hoy jefe del partido moderado. Así lo reconocieron ayer 168 diputados de la mayoría, contra el insignificante número de los que, dentro de ese mismo partido, votaron negativamente.

El triunfo del Gobierno y del partido fué brillante. Descartense de los 18 votos de la minoría los votos de los diputados que no pertenecen al partido moderado, ó no quieren adherirse a ningún partido político; elimínense igualmente los que por el giro que se ha dado a la cuestión, habían significado por escrito ó de palabra su opinión particular, distinta de la del Gobierno, en la materia que era objeto del debate, y resultará que la minoría de los moderados disidentes es apenas perceptible, es insignificante.

Como cuestión de partido, EL PENSAMIENTO ESPAÑOL, que no pertenece a ninguno, porque defiende una causa que en España nunca debe quedar vencida, no tenía por qué mezclarse en la contienda: como cuestión de doctrina, sí. Nosotros que combatimos contra todo partido, como hemos de depositar nuestra confianza en ninguno? Nosotros, que nos oponemos a la emienda del Sr. Menéndez de Lurac, porque confería a un Gabinete la facultad de hacer y deshacer en todo aquello en que pueden legislar las Cortes con el Rey, como, sin contradicción evidente, habíamos de autorizar a un ministerio moderado para legislar sobre un punto de suma trascendencia.

Creemos que a los Gobiernos, aunque no sean de nuestra opinión, respetables siempre para nosotros en el mero hecho de ser Gobiernos y de representar el principio de autoridad, debe dárseles los medios precisos para gobernar; lo contrario sería un contrasentido.

Pero al mostrarnos respetuosamente contrarios al voto de confianza, obramos además en consecuencia con nuestra anterior conducta en esta misma cuestión. Negamos la autorización al ministerio presidido por el general Narvaez, jefe del partido moderado, ¿qué razones hay para concedérsela al ministerio presidido por el Sr. González Brabo, jefe de esemismo partido? La situación es la misma; nuestra actitud tiene que ser idéntica. Siendo diputados; hace quince días hubiéramos votado en contra; ayer por lo tanto votamos moralmente en el mismo sentido.

A mediados de este mes saldrán varias comisiones de oficiales de estado mayor del ejército a continuar los trabajos geográficos de la Carta de España.

Hay un solo día del año en que los progresistas hacen justicia al pueblo español. En invierno, en verano, en otoño y en casi toda la primavera, el pueblo español es para los progresistas ignorante, fanático, oscurantista y retrógrado; lo ha sido en los tiempos pasados, lo es hoy todavía y lo será mientras no sacuda el pesado yugo de la influencia *neoclásica*.

Pero llega el día primaveral del Dos de Mayo y cálate a los progresistas colgados de una lira sin cuerdas ó arrascando una guitarra vieja como los ciegos mendicantes, para cantar en todos los tonos la bravura, la grandeza de alma y el heroísmo de ese mismo pueblo fanático, oscurantista y retrógrado que besaba el cordon de los frailes en la calle, que iba alegremente a los toros y que mataba a los franceses al grito de «viva la religión y el Rey!»

¿Era aquel pueblo ilustrado a la moderna? No, porque los progresistas confiesan que aun hoy ese mismo pueblo es a lleno de preocupaciones y supersticiones antiguas. ¿Necesitó aquel pueblo de la ilustración progresista para vencer al vencedor de Austerlitz? No; porque los *ilustrados* de aquella época en su mayor parte fueron traidores a la patria.

Que no fueran todos los días parecidos a este del Dos de Mayo, para ver a los progresistas medio puestos en razón siquiera!

Un periódico progresista dice que bajo su régimen tendríamos completa libertad, y bajo el nuestro se tornaría en infamia a los que no pensasen como nosotros.

Será como lo dice; pero por si acaso avisemos el periódico aludido cuando se plantea su régimen, para tomar el tren sin pérdida de momento, si es que la completa libertad de los progresistas nos da tiempo para poner piés en polvorosa.

El señor alcalde-corregidor ha dirigido al pueblo de Madrid la siguiente alocución:

«MADRILEÑOS:

Cuando los pueblos unidos con el estrecho vínculo de la religión combaten en defensa del Trono y de la patria, producen héroes como Dado y Velarde y hechos gloriosos como los del 2 de Mayo de 1808, que la historia se encarga de transmitir a la posteridad en indelebles páginas orladas de laurel y escritas con caracteres de oro.

Ejemplo vivo de esta verdad es el recuerdo que embarga hoy nuestro ánimo; y al reunirnos para ofrecer sobre las tumbas de tan ilustres víctimas el holocausto de nuestras oraciones, prosternémonos ante el Altísimo pidiéndole conserve incólume en nosotros aquellos sentimientos, para si necesario fuera, probar a la faz del mundo que somos dignos hijos de tales héroes y que existen entre nosotros corazones capaces de imitarlos.

Unámonos, pues, bajo tan gloriosas enseñanzas; y caminando por la senda que nos dejaron trazada, estéis seguros de que en ella encontrareis siempre a vuestro alcalde-corregidor.—Elmarqués de Villamagna.

Madrid 2 de Mayo de 1868.»

De varios periódicos tomamos las siguientes noticias relativas al matrimonio proyectado de la infanta doña Isabel con el conde de Girgenti:

«La infanta doña María Isabel nació el 20 de Diciembre de 1851; de manera que cumplirá 17 años en igual día del presente año. Su futuro esposo el príncipe D. Cayetano María Federico de Borbon, conde de Girgenti, nació en 12 de Enero de 1846, y ha cumplido, por consiguiente, 22 años hace pocos meses. Es el quinto de los hermanos de Francisco II de Nápoles, puesto que antes que él nacieron el conde de Trani, el de Caserta, la princesa Anunciación Isabel, casada con el archiduque Carlos Luis, y la princesa María de la Concepción, casada con el archiduque Carlos Salvador, de Toscana.

Ya dijimos que el joven conde de Girgenti recibió su bautismo de sangre en la célebre batalla de Sadowa, donde por su bizarro comportamiento fué agraciado con la gran cruz del Valor militar. Desde la edad de 18 años el conde de Girgenti se había alistado en el ejército austriaco, al cual perteneció hoy en clase de capitán de un regimiento de caballería de hulanos.

Parece seguro que el casamiento se verificará el día 13, y que será solemnizado con algunos festejos. Los recién casados, a quienes deseamos todo género de felicidades, viajarán después algún tiempo por Europa. Este viaje deberá ser muy agradable para S. A. la infanta, que hasta ahora no ha salido de España, y que, poseyendo perfectamente varios idiomas, podrá sacar mayor partido de sus viajes, aumentando el caudal de conocimientos que ya posee, puesto que nada se ha omitido para que S. A. sea una de las princesas mejor educadas de Europa.

(Epoca.)

—Créese que el domingo por la tarde serán recibidas por S. M. las comisiones de felicitación del Senado y de Congreso.

—Según nos dice persona que nos merece enteros crédito, no es cierta la noticia que ayer corrió y dimos en *La Correspondencia*, de que el señor marqués de Salamanca haya vendido su palacio de Recoletos.

Hoy se han hecho proposiciones.

(Correspondencia.)

La comisión nombrada para felicitar a S. M. con motivo de la comunicación relativa al casamiento de la S. M. señora Infanta, se compone de los señores senadores marqués de Bedmar, duque de Moxezuma, duque de Villahermosa, conde de Torre-Mata, conde de Velarde, D. Juan Mantilla de los Rios, D. Miguel Chacon y Durán, D. Eduardo Fernandez San Roman, D. Francisco de Cárdenas, marqués de Castellanos, D. Fernán Ezpeleta, don Ramon Lopez Vazquez, D. Juan de Lara, marqués de Vallejo, señor de Rubianes y marqués del Puerto.

No parece, según dice un periódico, que esté tan próximo como se ha asegurado, el regreso del Sr. Obispo de la Habana a su diócesis.

Dice un periódico que el Sr. Fernandez Guerra dejará muy pronto la plaza de oficial del ministerio de Fomento, para hacerse cargo de la cátedra de Literatura que se le ha dado en la Universidad Central.

Las acciones del empréstito ultramarino han subido 2 por 100, según dice *El Español*.

Parece que en algunas localidades continuarán por ahora los guardas de montes del Estado, sin embargo de haber sido establecida la Guardia rural.

También se dice que la dirección de agricultura trata de mejorar las condiciones de conservación y de aumentar los rendimientos de los montes del Estado.

D. Fernando Alvarez ha renunciado el cargo de presidente del tribunal de oposiciones para la provisión de las cátedras de códigos, y ha sido nombrado para reemplazarle D. Cándido Nocedal. También han sido nombrados vocales el Sr. Selva y don José Soto, magistrado jubilado, en lugar de los señores Arrieta y Moreno, que tampoco pueden formar parte de dicho tribunal.

Ha sido nombrado oficial del ministerio de Estado D. Miguel Polo.

El artículo a que se refirió el Sr. Pastor en el Senado censurando la fiscalía de imprenta, se publicó en *La Reforma* el 21 de Noviembre del año último.

Los diputados por Almería han formulado una proposición de ley para que se haga la concesión de un ferrocarril de Granada a Almería enlazando en Guadix.

Por el ministerio de Fomento se ha mandado que los ingenieros D. Eugenio Barron y D. Manuel Aramburu vayan inmediatamente a presenciar las experiencias del ferrocarril, sistema Fell, que se están verificando en el Mont-Cenis.

En vista de las reclamaciones de muchos alcaldes de la provincia de Ciudad Real, suplicando mayor número de guardias rurales, por ser insuficiente el destinado a sus respectivas demarcaciones, la diputación provincial de aquella provincia ha acordado aumentar 20 hombres a cada una de las cuatro compañías. Y aprobado este acuerdo, la fuerza de la Guardia rural de aquella provincia constará en adelante de 480 hombres; con más 24 cabos primeros y otros 24 segundos que a dicho número corresponden.

La Gaceta publica la distribución de fondos para el mes de Mayo aprobado por el Consejo de ministros. Los gastos ascienden a 12.921.506,959 escudos.

Dícese que ha sido nombrado miembro del Consejo de Instrucción pública el Sr. Orovio, ministro de Hacienda.

En Valencia empezaron ayer las rogativas al Todopoderoso para obtener la lluvia de que tanto necesitan los campos.

Ha sido autorizada la diputación de Lugo para invertir en el establecimiento de un instituto la cantidad de 50.000 escudos.

Hace pocos días llegó a Valencia el vapor *Jove-lanos*, que desembarcó los restos del cuerpo de una santa, que de la Ciudad Eterna se remiten al convento de Ocaña.

Hemos leído con sumo gusto las siguientes líneas en un periódico de Valencia:

«Hace pocos días se remató públicamente un edificio contiguo al Seminario conciliar, que ha sido adquirido con un fin piadoso. Su comprador, el conocido canónigo de la iglesia de Segorbe don Mariano Gisbert, se propone destinarlo a albergar a los seminaristas pobres que reúnan buenas notas y que de otro modo no podrían seguir la carrera a la que tienen vocación, por falta de recursos. El Sr. Gisbert les proporcionará habitación en el edificio que ha comprado, y que estará en comunicación interior con el Seminario, para que pueda ser vigilado por los jefes de aquel establecimiento.»

La Correspondencia ha recibido cartas de Montevideo en que se le dice que el desagradable in-

cidente que había ocasionado el asesinato de dos españoles por los hijos del difunto general Flores en la última revolución, tendrá una solución satisfactoria.

La fragata *Almansa*, lo mismo que el vapor *Isabel II*, arribó al Ferrol en la tarde del 25, no siéndole posible continuar su viaje a causa del terrible temporal.

El 29, sin embargo, fondeaba en el puerto de Cádiz aquella fragata.

El ministro de Hacienda presentará uno de estos días un proyecto de ley a las Cortes.

CORREO DE HOY.

Dícese en los círculos políticos de Inglaterra que el Sr. Disraeli se decidirá a disolver el Parlamento si la Cámara de los Comunes adoptaba la segunda resolución de Gladstone. La oposición amenazaría rechazar el presupuesto.

Leemos en la *France*: «Es sabido que en Inglaterra no se da el tratamiento que les confiere su dignidad eclesiástica a los miembros del Clero católico. Hé aquí un hecho que parece muy significativo:

El diario inglés el *Record*, dice que la carta de invitación del lord lugarteniente de Irlanda al cardenal Cullen, para asistir al gran banquete celebrado en honor del Príncipe de Gales, llevaba, conforme al deseo del Sr. Disraeli, el sobrescrito siguiente: *A. S. E. el Cardenal Arzobispo de Dublín*.

La *Pall Mall Gazette*, por otra parte, da noticia de la cuestión de si la presidencia debía concederse al Cardenal sobre el lord Canciller de Irlanda, tenida entre el maestro de ceremonias del castillo de Dublín y el herald, cuya decisión ha sido en favor del Cardenal.»

Un telegrama de Viena dice que van a entablarse nuevas negociaciones entre las potencias occidentales y Austria, para poner término a las comunicaciones entre los puertos de Grecia y la isla de Candia, por medio de una acción común marítima en Oriente, y poder impedir por este medio la llegada de los socorros enviados a los insurrectos.

El conde de Stakelberg ha sido llamado a San Petersburgo, y a estas horas debe haber salido de Viena.

El Clero anglicano tiene frecuentes reuniones contra la proposición de Gladstone, y se dice que va a dirigir una exposición a la Reina en este sentido.

ULTIMA HORA.

Telegramas de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.
(Agencia Havas-Bullier.)

Paris, 1.º Se ha aprobado la primera lectura de la proposición de Gladstone por 330 votos contra 265. Disraeli declara que esta resolución hace variar de tal modo la posición del Gobierno, que pide a la Cámara que dé tiempo al Gobierno para deliberar. Las sesiones se han suspendido hasta el lunes.

Idem, 2.º

El «Diario de San Petersburgo» desmiente la existencia de nuevas negociaciones para el arreglo de la cuestión de Oriente.

Londres, 1.º

Gladstone propone a la Cámara que no se voten fondos al Gobierno hasta que no quede terminada la cuestión de Irlanda.

Viena, 1.º

Las últimas noticias de Rumania confirman las persecuciones contra los israelitas.

CAPITULO XII.

LAS HERMANITAS DE LOS POBRES.—ORGANIZACION DE LA SOPA AL ESTILO MODERNO.

—¿Qué son las hermanitas de los pobres? —Son los instrumentos de la caridad cristiana para la organización de la sopa doméstica al estilo moderno.

En el capítulo primero de este libro, pag. 12, se probó que nadie tiene derecho a destruir lo que le sobra cuando sus hermanos hambrientos carecen hasta de lo más preciso. Que en este concepto el que dá a la puerta de su casa lo que sobra en su mesa ó en su cocina cumple con un deber de derecho natural, ó por lo menos derivado de la equidad natural, y hace en pequeño a la puerta de su casa lo que el fraile a la puerta de su convento; no siendo, por tanto, justo el quitar a los frailes el hacer a la puerta de su convento lo que hace cualquiera a la puerta de su casa.

Pero la sopa doméstica repartida de este modo por los particulares tenía inconvenientes. A veces no recogía el sobrante de tres ó cuatro casas, y otro no encontraba un bocado de pan. No siempre sobra comida, y el pobre no tiene seguridad de encontrarla. Tiene por lo común que comerla fría. Hay pobres verdaderos que se hallan imposibilitados de ir a buscarla. Pues bien, las hermanitas de los pobres se encargan de remediar todos estos inconvenientes. Recogen por las casas, por las fondas y establecimientos públicos la comida sobrante, la separan con esmero y con granito alfin, la calientan, la reparten a los ancia-

DE LOS CONVENTOS.

se animó a entrar por la puerta de San Polo, (1) y llegar tan cerca de la puerta de los Carros de este convento, que con una pica se tocaba el agua desde el umbral de la dicha puerta. Fué así que por la causa dicha comenzó el río, a 26 de Enero. A las cinco de la tarde, a crecer de tal modo, que a las ocho de la noche por la otra parte de la puerta se llegaron a juntar el y el arroyo que llaman Zurguen, y cogiendo en medio las casas, parroquia de la Trinidad y convento de San Lázaro de Agustinos descalzos, solas las dos iglesias dejó en pie, llenando del convento la habitación toda de los religiosos, que se fueron luego que llegó el río a su casa al pozo de la nieve, donde estuvieron toda la noche, y en una guerra, y de todas las demás casas, no dejando cosa en pie. Llenando entonces la media puente nueva por estotra parte del río, se llevó muchas casas, derribó y dejó inhabitables del lado de los conventos de Trinitarios descalzos, Agustinos descalzos. Y hizo mucho daño a los premostratenses en la habitación de su convento, y a los canónigos de la Vega, en el suyo, asoló totalmente el colegio de las niñas huérfanas que estaba junto al convento de San Andrés, a quien hizo también daño en la iglesia y cuartos bajos. Entróse en la parroquia de Santiago, San Lorenzo y la Veracruz, y en el hospital de Santa María la Blanca, a quienes también hizo destrozo en altares, etcétera. Fué el ímpetu desta creciente a las diez de la noche, por cuya causa cogió de improviso todos los vecinos a su afortunado, y así, a unos por cuidar de sus haciendas y salvarlas, a otros porque no les daba lugar la mucha agua que los cercaba, quitaron la vida las casas; que por no tener muy fuertes los cimientos se caían, y cogiendo a los que las habitaban les daban sepultura en tierra y agua. Acudió la justicia y caballería a este lugar a la hora dicha a favorecer los atribulados y salvar en caballos los que podían; y para ver algo, que la oscuridad era mucha, hicieron grandes hogueras en el Rastro, puerta del Río y los demás puntos donde había casas. A la misma hora este convento acudió, y por la cerca del monte echaban leña para que los Religiosos de San Andrés se calentasen, y también

(1) Se dejó con su peculiar ortografía.

14

DE LOS CONVENTOS

103

nos acogidos, a la hora conveniente y en la cantidad suficiente, y luego que han comido los pobres, comen ellos de lo que ha sobrado... y si ha sobrado. Es hasta donde puede llegar la abnegación.

Oíd ahora el origen de esta institución tal cual se narra en el cuadercillo recientemente impreso en Madrid (1). Leedlo a vuestras familias; no los proporcionaréis un folletín más anejo, útil y edificante.

«La obra de las Hermanitas de los pobres comenzó en San Servando. Es esta una reducida población de Bretaña, situada en la orilla del océano y separada de San Malo por un brazo de agua que se seca dos veces al día. Los habitantes de las costas ejercen su industria en el mar, a cuyos fueros se atribuye el gran número de ancianas viudas y desvalidas que se encuentran en la Bretaña, y que, sin otro recurso que la mendicidad, participan de todos los vicios que la acompañan.

«Muchas de ellas recuerdan los pobres de que hablaba ya a San Francisco de Sales la buena Ana Jaquetina Costa: «Receben limosna sin saber que se la da Dios, viven en una deplorable vagancia y frecuentan las puertas de las iglesias sin entrar jamás en ellas y sin conocer los misterios que dentro se celebran; se entregan a todos los vicios, y viven y mueren en una indolita ignorancia de las cosas relativas a la salvación.» El cuidado de estas pobres almas, que decida a la buena honra del primer monasterio de la Visitación de Annecy a dirigir dichas palabras al bienaventurado Obispo de Ginebra. Y a indicarle las medidas que debía tomar para el bien de esta numerosa porción de su reino; el cuidado de estas pobres almas abandonadas, ciegos, alejados de Dios y en un estado de miseria religiosa cien veces más lamentable que la miseria física, que alivia a lo menos las limosnas; este cuidado aquejaba, hace unos doce años, a un vicario de la parroquia de San Servando.

«No nos es permitido penetrar en el interior de la vida de la historia de las Hermanitas de los pobres.» Madrid: imprenta de Tejado, 1867.

